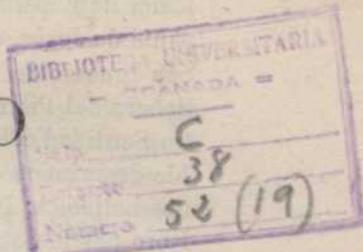


258

11274522

R. 91735

Buen Pólo 22 AGOS. 931



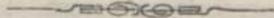
DISCURSO

DEL

M. R. ARZOBISPO DE GRANADA

EN EL ACTO

de presentar al Padre Santo la peregrinacion española el dia 16 de octubre de 1876.



SANTÍSIMO PADRE:

Bendito sea el Padre de las Misericordias y Dios de toda consolacion, que ha traído á la primera peregrinacion española de nuestros dias, y á los tres Prelados que tenemos el consuelo y el honor de presidirla y dirigirla, ante el Vicario de Jesucristo, concediéndonos la dicha inefable de hallarle con perfecta salud en su venerable ancianidad, de verle y contemplarle cara á cara, y ofrecerle personalmente un testimonio inequívoco de amor, adhesion y reverencia filiales; y todo esto en un mes lleno de recuerdos gloriosos para nuestra católica España.

Precisamente este mes de Octubre comenzó con la fiesta del Santísimo Rosario, en que la Iglesia conmemora agradecida le insigne victoria que en las aguas de Lepanto alcanzó de las huestes agarenas la armada cristiana, de la que formaron parte principal los soldados españoles, al mando todos de nuestro valeroso capitan Don Juan de Austria. A los pocos dias nos trajo la memoria del perfecto modelo de caballeros cristianos, San Francisco de Borja, duque antes de Gandía y virey de Cataluña, y siempre

honor de España, y preciado ornamento de la inclita Compañía de Jesús, española tambien por su egrégio fundador San Ignacio de Loyola. Viene luego la fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que por concesion de Vuestra Santidad celebran las iglesias de España con rito doble de primera clase y solemnísimas octava, en cuya mitad nos hallamos; Pilar misterioso, erigido en las márgenes del Ebro por la Santísima Virgen María, cuando aún vivia en carne mortal, para honrar de este modo á nuestra nacion, y consolar al esclarecido Patrono de las Españas, el Apostol Santiago, prometiéndole que allí permanecería siempre aquel insigne monumento, y que nunca faltarian en torno suyo verdaderos adoradores de Cristo. Vuestra Santidad, en fin, se ha dignado señalar oportunísimamente para recibir á la devota peregrinacion española el dia inmediato siguiente á la fiesta de la austera reformadora del Carmelo, de la esclarecida doctora mística y maestra consumada en la ciencia de la oracion y de los mas altos y secretos caminos del espíritu, de la prudentísima virgen española Santa Teresa de Jesús.

¡Y en qué circunstancias venimos á Vos, ó Santísimo Padre!.... *Cuando se está ardiendo el mundo, como decia la insigne doctora del Carmelo; cuando quieren tornar á sentenciar á Cristo, pues le levantan mil testimonios; cuando quieren poner su Iglesia por el suelo, pues parece haberse conjurado contra ella las potestades del siglo, que en todas partes la maltratan y persiguen; y cuando su cabeza visible sufre cautivo la contradiccion y desamparo mas acervos.* En circunstancias tan aciagas y en momentos tan supremos, justo y muy debido es que los católicos españoles, en quien vive la fe de Santa Teresa de Jesús, se presenten fervorosos ante este sagrado solio Pontificio, y procuren dar gloria á Dios y edificar á su Iglesia, consolando con esta prueba de adhesion y de amor al legítimo sucesor y heredero de San Pedro, perseguido y cautivo como el Príncipe de los Apóstoles, y reconociendo á la faz del mundo en esta Santa Sede la piedra fundamental del

órde
que
ter
rec
de l
form
ritu
con
hab
vues
sob
de i
las
rios
Sum
man
dra
cicio
pose
suc
saria
cesa
ni sa
hoy
y pú
se h
que
tisin
pudi
C
San
muc
no h
é ide
sus
espí
pañ

orden religioso y moral, la columna inmóvil de la verdad que hace sabios y libres á los hombres, el supremo ministerio instituido por el mismo Dios para la ilustracion y direccion de los pueblos, y para la santificacion y salvacion de las almas. Y á la vez que reconocemos todo esto, que forma, por decirlo así, el ápice de vuestra soberanía espiritual y principado religioso, reconocemos y confesamos con la misma entereza quanto Vos, Santísimo Padre, nos habeis enseñado y hemos repetido los Obispos respecto á vuestra legítima soberanía temporal, esto es, que dicha soberanía y el principado temporal de la Santa Sede son de institucion providencial, y que en el orden actual de las cosas humanas, no solo son convenientes sino necesarios para la verdadera libertad y entera independencia del Sumo Pontificado. Y porque así lo creemos, estamos íntimamente persuadidos de que mientras esta Sagrada Cátedra Apostólica no vuelva á entrar de lleno en el pleno ejercicio de su soberanía temporal y en la quieta y pacífica posesion de los Estados de la Iglesia, ni el Vicario de Jesucristo podrá tener suficientemente garantida su necesaria independencia, ni los pueblos y naciones católicas cesarán de clamar y de hacer manifestaciones y protestas, ni saldrán de esa inquietud, agitacion y malestar en que hoy viven desasosegados, y de que son evidentes indicios y públicos testimonios esta y otras peregrinaciones que se han hecho, y las mayores que se harán todavía hasta que el orbe católico vea en completa libertad á su amantísimo Padre, y rotas todas las ligaduras y cadenas que pudieran coartarle y oprimirle.

Con estos peregrinos que aquí teneis presentes, ó Santísimo Padre, vienen tambien en espíritu la numerosa muchedumbre de los que en nuestra muy amada patria no han podido venir personalmente, pero que están unidos é identificados con nosotros, y se nos unen fervorosos con sus oraciones y buenas obras; y pluguiera á Dios que, en espíritu al menos, vinieran con nosotros todos los españoles, porque á todos se extiende nuestra solicitud y

fraternal cariño, sin acepcion de personas, cualquiera que sea su grado y condicion, incluidas aquellas que, como palomas seducidas, han caido ciegas en los lazos de la incredulidad, que allí, como en todas partes, tienden al candor de la fe los textos vivos de la enseñanza panteística y materialista que suelen pulular en las escuelas, y los textos hediondos y corruptores de muchos libros, folletos y periódicos detestables, mas ó menos disfrazados de católicos, que diariamente difunden por el pueblo el espíritu de rebellion y de libertinaje que llaman *espíritu moderno*, y que realmente es el alma de aquel *progreso*, de aquel *liberalismo* y de aquella *civilizacion moderna* proscritos solemnemente por Vuestra Santidad.

Pero ya que desgraciadamente no vengan ni estén con nosotros todos los españoles, á lo menos los que en la terrible crisis por que hoy atraviesa el mundo se conservan fieles á Nuestro Divino Redentor Jesucristo, y á Vos, Santísimo Padre, que sois su Vicario en la tierra, y cuantos cifran su gloria en ser discípulos de la Cruz de Cristo, tan aborrecida hoy por la libertad de la carne y de los sentidos, viendo cuán pesada es la que han puesto sobre los hombros de Vuestra Santidad *los que quieren tornar á sentenciar á Jesucristo y poner su Iglesia por el suelo*, anhelan y se afanan por aliviar cuanto pueden su peso formidable, haciéndose participantes de vuestras penas y amarguras, significadas por ella, y mostrándose dispuestos, con la gracia de Dios, á pelear y morir, si necesario fuese, en defensa de los derechos de la verdad y de la Religion que Vuestra Santidad declara y enseña al mundo como infalible oráculo, y mantiene incólumes, gracias á Dios, con invicta constancia y fortaleza contra todo el poder de las tinieblas, que juzga haber llegado ya la hora suprema de asestar el último golpe á la Iglesia de Cristo, y á esta sublime Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, que le sirve de cimiento.

Mas en dias de tan grande contradiccion y de tan dura prueba, creen los peregrinos españoles que no basta hacer

la s
seg
gu
cita
las
Vue
tific
con
con
ses
y es
tale
repi
terg
la v
nen
sear
fin
te e
cion

San
bon
sus
dad
es s
de e
y to

ta a
per
los
la a
lo d
con
que
una

la simple profesion de fe que se hacia en otros tiempos, segun los símbolos y definiciones dogmáticas de los antiguos Concilios, sino que es preciso además profesar explícitamente una adhesion incondicional, absoluta, á todas las verdades enseñadas por esta Silla Apostólica y por Vuestra Santidad en los diversos actos de su insigne Pontificado, y singularmente en el *Syllabus* de los errores contemporáneos, que tienen extraviadas las inteligencias, conturbadas las naciones y socavadas y removidas las bases fundamentales de todo gobierno y de toda sociedad: y es preciso tambien rechazar y abominar estos errores tales como suenan, tales como Vuestra Santidad los ha reprobado y condenado, sin restricciones ni reservas, sin tergiversaciones ni distingos, desde aquellos que niegan la verdad que es en si misma, y la dependencia que tienen de ella todas las verdades, de cualquier orden que sean, hasta aquellos otros peligrosísimos errores que, á fin de que los primeros no siguieran dominando libremente en el mundo, encerró Vuestra Santidad en la proposicion 80.^a del mismo *Syllabus*.

Nuestra insigne española y esclarecida doctora mística Santa Teresa de Jesús decia, hablando de Dios, verdad y bondad por esencia, á quien habia contemplado en una de sus mas altas visiones y divinos arrobamientos: *Esta verdad que digo se me dió á entender, es en si misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza.*

Nunca mejor que hoy debemos recordar y profesar esta admirable doctrina delante de Vuestra Santidad los peregrinos españoles, pues ella sola condena claramente los errores que privan en el siglo, reducidos, en suma, á la absurda y loca pretension de romper el sagrado vinculo de dependencia que vió la Santa doctora, y de crear con las solas fuerzas de la razon emancipada de la verdad *que es en si misma*, una ciencia, una moral, una sociedad, una política y un gobierno sin Dios y contra Dios; delirio

tremendo, que aún á los mismos gentiles hubiera espantado, pero que realmente está en el fondo de ciertos sistemas filosóficos, políticos y sociológicos, que han enloquecido tantas cabezas, y que hoy mismo, por desgracia, están corrompiendo la inteligencia y el corazón de los hombres en todas las esferas de la vida individual y colectiva. ¡Qué mucho, Santísimo Padre, que la revolución cosmopolita, informada de esa especie de verbo satánico engendrado por el espíritu mismo de la rebelión y de la concupiscencia, establezca y dirija todas sus formidables baterías contra la Iglesia Católica y contra su cabeza visible, que dan perenne testimonio de aquella sagrada y necesaria dependencia que tienen todas las verdades, amores y grandezas de la verdad absoluta, del sumo bien y de la grandeza infinita, y enseñan además que la carne debe estar subordinada al espíritu, la ciencia á la fe, lo temporal á lo eterno, la política á la Religión, el Estado á la Iglesia, y todas las cosas de este mundo al Rey de Reyes y Señor de los que dominan, Cristo Jesús, autor y consumidor de nuestra fe, á quien veneramos representado en la augusta y sagrada persona de Vuestra Santidad!

Afortunadamente la Iglesia Católica, por mas combatida que sea, nada tiene que temer por su existencia, pues cuenta con promesas eternas, aunque sí harto que llorar sobre muchos que se llaman sus hijos; ahora, como siempre, la diestra omnipotente que mantuvo á Pedro sobre las aguas del mar, librárá á su navecilla de la recia tempestad que hoy la combate, y de cuantos escollos y peligros la amenazan. ¡Quién sabe si no está próximo el día en que la verdad, que ahora es patrimonio de almas elegidas, dilate su imperio saludable sobre las muchedumbres, en gran parte alucinadas y pervertidas por toda clase de sectas y sectarios, y sobre los mismos príncipes y gobernantes de los pueblos? ¡Oh! ¡si á ellos llegase la voz amorosa del serafín del Carmelo, cuando pedia á Dios con tiernas ansias *que les diese á entender á lo que están obligados!*.... Acaso la necesidad misma de defender la socie-

dad contra los que tiran á destruirla, que son precisamente los eneninos de Dios, de su Iglesia y de esta Santa Sede, les haga entender al fin lo mismo que la santa les decía, mirando puramente á la honra y servicio del Señor.

Ya en la nacion cristianísima ha comenzado á sentirse como instintivamente, así en el pueblo como en el ejército, esta necesidad cada vez mas apremiante, y á proveerse á su remedio con la institucion de universidades católicas libres, donde la juventud es preservada del contagio de la depravacion intelectual y moral, y apacentada con doctrinas saludables; y es de esperar que este movimiento regenerador, favorecido por la devocion al Sagrado Corazon de Jesús, á cuyo honor está erigiendo una basílica, y á la Inmaculada Virgen María aparecida en Lourdes, donde la hemos visitado y venerado, vaya creciendo cada dia, hasta que esa nacion generosa, acordándose de Clodoveo, de Pipino, de Carlo-Magno y de San Luis, corresponda fielmente á la mision providencial que parece haber recibido del cielo, en pró del Pontificado y de la Iglesia universal. Austria y Hungría guardan todavía como su mas preciado tesoro la Fé Católica que las civilizó, y las hizo grandes y gloriosas entre las naciones de la tierra, y la piedad resplandece entre sus augustos príncipes como un rayo de esperanza. Hasta en los mismos Estados protestantes parece vislumbrarse los primeros albores de un dia feliz y venturoso de nuevos triunfos para el Catolicismo. En la Gran Bretaña nuestra madre la Iglesia Católica recibe diariamente en su seno la flor y nata de entre los que nacieron en las tinieblas de la herejía y el error, y acaso no esté lejano el dia en que la antigua *Isla de los Santos* sustente una sola grey regida por un solo pastor. Alemania empieza á gustar, acaso para su bien, los amargos maldecidos frutos del racionalismo y panteismo que ha enseñado al resto de Europa y difundido por el mundo; y aunque en estos mismos dias está dando á beber á la Iglesia católica el amarguísimo cáliz de la pasion, terminado que sea este periodo terrible de dolorosas pruebas y de combates glo-



riosos para la Religion y para aquellos hermanos nuestros, que cual valerosos atletas la defienden, el Señor coronará sin duda sus valerosos esfuerzos, no solo con las palmas y coronas que les guarda allá en el cielo, sino además tornando en copiosas bendiciones y gracias espirituales á favor de la patria alemana las muchas opresiones y trabajos que ahora sufren con heróica paciencia y fortaleza invicta tantos ilustres defensores de la fe de Cristo y de los derechos de su Religion y de su Iglesia.

Bien quisiéramos, Beatísimo Padre, seguir consolando á Vuestra Santidad con nuevas y mas dulces palabras; pero nuestro ánimo se siente asaz desfallecido viendo lo que sucede aquí, al rededor de esta misma Cátedra sagrada, y acordándonos de nuestra patria muy amada, donde tantas y tantas ruinas morales y materiales ha logrado acumular la revolucion en el espacio de cuarenta años, y especialmente en estos últimos; donde se ve rota y tirada por el suelo la unidad social de nuestra santa fe Católica, franqueadas al error nuestras costas y fronteras, y abiertas en varias de nuestras ciudades capillas y escuelas protestantes, que á la vez que son centros de herejía y perversion, se empieza á conocer hasta por los mas alucinados que lo son tambien de rebelion y de antiespañolismo; donde permanecen cerrados todavía, y en su mayor parte destruidos, tantos y tantos institutos y casas religiosas, en cuyo sagrado recinto se albergaron siempre las letras y las artes, y se formaron tantos y tan esclarecidos varones, que con su profundo saber y heróica santidad han edificado al mundo y llenado de gloria y esplendor á nuestra muy amada España; donde..... pero no, no queremos hablar mas sobre esto, Beatísimo Padre, porque todavía no es tiempo de hablar el en que nos encontramos, sino de gemir y llorar como el Profeta Jeremías sobre las ruinas ensangrentadas y humeantes de Jerusalén y del Templo, y de orar y pedir al Señor noche y dia que salve á nuestra España, y con ella y por ella á todas las naciones católicas: vendrá tiempo de hablar, y entonces hablaremos:

y si nosotros no hablamos, hablarán pronto con terrible elocuencia los pavorosos acontecimientos que se preparan y presienten en el mundo. Vuestra Santidad conoce muy bien toda la extension y profundidad de nuestros males, y no tenemos necesidad de referirlos, aunque sí la tenemos, y muy grande, de consuelo y esperanza; y precisamente una de las cosas que mas nos han impulsado á emprender esta larga y penosa peregrinacion, es la necesidad que sentimos todos de ser confirmados y confortados por Vos, oyendo de los labios de Vuestra Santidad la espresion de la fe que vence al mundo, de la esperanza que eleva al hombre al cielo, y de la caridad que le une á Dios inflamado y trasformado.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. Hablad, pues, ó Santísimo Padre, porque el pueblo católico español, vuestro hijo predilecto, representado en esta devota peregrinacion, os escucha con ansia. Hablad, Beatísimo Padre, porque sabemos y creemos que oyéndoos á Vos oímos al Apostol San Pedro, de quien sois legitimo sucesor, y al mismo Jesucristo, del que sois verdadero Vicario. Hablad, Señor y amantísimo Padre nuestro, la verdad á vuestro pueblo, porque estamos todos hambrientos de verdad, pues se han disminuido tanto las verdades entre los hijos de los hombres, que una grandísima parte de ellos muriéndose está de inanicion en las hórridas tinieblas de la duda y del escepticismo. Y despues que nos hayais hablado y enseñado con amor de Padre y con autoridad de Maestro infalible, los españoles que aquí nos encontramos, y cuantos se han unido en espíritu á nuestra peregrinacion, os pedimos y suplicamos postrados á vuestros pies, que os digneis bendecir con Bendicion Apostólica, no solo á nosotros y á las personas y cosas que nos pertenecen, sino á todos y cada uno de los hijos de la hidalga nacion española, de cualquier clase y condicion que sean, desde la mas elevada hasta la mas humilde, y de cualquier partido y opinion que sean, pues son hermanos y compatriotas nuestros; y queremos que los bendigais á todos: á los

buenos, para que crezcan en la virtud y perseveren en el bien hasta la muerte; y á los malos, para que se conviertan y sean iluminados por la fe y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Nosotros, en cambio, Beatísimo Padre, prometemos solemnemente á Vuestra Santidad estar siempre adheridos á esta sagrada Cátedra, columna y firmamento de verdad, creer y confesar cuanto ella nos enseñe, practicar cuanto nos mande, y reprobado y condenar cuanto ella repruebe, condene y anatematice; y prometemos asimismo pedir á Dios incesantemente que colme á Vuestra Santidad de toda clase de gracias, dones y carismas del cielo, y que se digne prolongar vuestra preciosa y ya larga y prodigiosa vida hasta que veais el nuevo y esplendente triunfo de la Iglesia, y podais repetir antes de cerrar los ojos á la luz de esta vida con el anciano Simeon: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace; quia viderunt oculi mei salutare tuum.*—Amen.— Así sea.

DISCURSO DEL PADRE SANTO

Á LOS PEREGRINOS ESPAÑOLES.

Perteneciendo todos vosotros, queridísimos hijos, á la católica nacion española, venidos á Roma, con la fe que os distingue, para venerar en sus tumbas á los Principes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, al solo veros reconozco á mis hijos, y me viene á la mente toda aquella larga y numerosísima série de Santos que enriquecieron vuestra tierra y ennoblecieron vuestra patria. Los mártires derramando su sangre para confirmar la fe, los doctores con la luz de su sabiduría para iluminar el mundo, los confesores con ejemplos de celo y penitencia para hacer mas refulgente la santidad, los fundadores de diversas Ordenes regulares esparciendo por do quiera la práctica de las virtudes, todos, en fin, con las obras de la caridad contribuyeron á la verdadera grandeza de vuestra nacion, conservando en su seno *uno é indiviso*, merced al divino auxilio, el tesoro preciosísimo de la fe.

Ahora mismo, encontrándoos vosotros reunidos en el recinto de este gran templo, podeis reconocer las imágenes de algunos de aquellos héroes que tanto ilustraron vuestra patria. Dirigid la vista al rededor de estos sagrados muros: ved á Domingo, ved á Ignacio, ved á José de Calasanz, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, y aquella heroína, milagro de su sexo, Teresa de Jesus.

Estas imágenes son de frio mármol, estas imágenes son mudas; pero representan á aquellos Santos que pare-

ce hablan todavía. Hablan con las diversas familias religiosas fundadas por ellos, que sirven á la Iglesia de varias maneras. Hablan con los grandes ejemplos dados por sus originales vivientes. Hablan con la conversion de tantos pecadores y de tantos pueblos infieles, que en Oriente y en Occidente, disipadas las tinieblas del error, abrazaron la religion santísima de Jesucristo. Hablan, por último, con los escritos y con las obras, que sirven muy á menudo de reproche hasta á los revolucionarios de hoy.

Pero á los hombres de la revolucion, hijos carísimos, desagrada hablar de los Santos, y quisieran oponer un dique á estas voces, y con burlas, y con desprecios, y con violencias, y con la misma persecucion, intentan y procuran que enmudezca la verdad. Y para dejar libre el campo y dar lugar solamente á todos aquellos que siembran errores y profanan las cosas santas, obligan al silencio á los ministros del Santuario; y con el fin de conseguir mejor su intento, les despojan, les arrancan de sus pacíficos domicilios, y en union de todos los demás que pertenecen á la gerarquía eclesiástica, les hacen blanco de sus mordaces palabras, del odio masónico, del desprecio de los impíos. Continúan en su perverso camino los perseguidores; pero no reparan que en manos de la Providencia son instrumentos para separar el buen grano de la cizaña, á la cual unos y otros pertenecen, y en el dia designado por Dios, serán reunidos en haces y arrojados al fuego *ad comburendum*.

Entre tanto los revolucionarios prosiguen, y nunca se sacian de insultar á la Iglesia, y de usurparle sus derechos. ¿De qué les sirve, pues, presentarles alguna de las máximas de los Santos? Por ejemplo: *Dios solo basta*, decia la gran madre Santa Teresa; pero si la sentencia se recordase á la numerosa caterva de los anti-cristianos, se reirian de ella, y quizá les diese ocasion para blasfemar, porque á ellos no les basta nada ni les satisface jamás, y quisieran siempre tomar y coger mas de lo que han quitado; ¿y por qué? Porque los que respiran la iniquidad, los que viven

en la cueva de los malvados, que se alimentan de las cebollas de Egipto, que saborean las bellotas tan agradables á los animales inmundos, esos no, no pueden gustar las dulzuras de la religion, ni contentarse con Dios.

A la vez, para tomar vigor en la gran lucha, se multiplican las devotas peregrinaciones (y esta que ahora tengo ante mis ojos me consuela mucho), y se aumentan las oraciones fervorosas y las obras de caridad, y el orbe católico se vuelve á Dios para aplacar su enojo y alcanzar los efectos de su misericordia. Pero estos no llegan todavía. ¿Y por qué, hijos míos? Los pecados del pueblo, y quizá tambien los míos, son los que sostienen la mano de Dios, que continúa pendiente sobre nuestras cabezas. Y dejadme que en esta circunstancia repita yo una lección de San Pedro de Alcántara, una sentencia de oro de aquel gran milagro de penitencia, la cual explica en pocas palabras los motivos por qué el orden no vuelve aún á regular la sociedad.

La fama de santidad de este gran siervo de Dios atraía muchos á su celda, ó para recibir consejo, ó para confiarse á sus oraciones, ó por otros saludables motivos. Iba frecuentemente á visitarle, entre otros, un ilustre caballero español, el cual quejábale siempre de los desórdenes de su época, y señalaba como causa, ora á esta, ora á aquella autoridad, por no tomar las justas providencias que, segun él, correspondian. Habiendo escuchado repetidas veces las mismas lamentaciones, el buen siervo de Dios no sabia qué hacer. Al fin creyó podia contestar y dar un consejo.

«Señor, dijo un dia el buen San Pedro de Alcántara, me he postrado á los pies de Jesucristo, y le he pedido luz para conocer lo que debia hacer para hallar el remedio y reparar los males que deplorais, y me he sentido inspirar lo que voy á deciros. En cuanto á mí, he prometido á Dios hacer todo cuanto de mí depende para cooperar á la consecucion del orden tan deseado. Soy superior, y con la ayuda de Dios, haré que todos los que pertenecen á mi



jurisdiccion se conduzcan en perfecta observancia. Vigilaré el noviciado, y haré que se cumpla con la mayor regularidad. Vigilaré las aulas, y procuraré que los estudios se hagan con amor y diligencia. Vigilaré la comunidad entera, y obraré de modo que la disciplina regular sea escrupulosamente guardada. Hecho esto, bien veis, señor marqués (tal era el título del interlocutor), que en todo lo que á mí toca, conservaré el orden en la sociedad. Vos sois casado, teneis hijos, criados y colonos: trabajad, pues, con asiduidad, á fin de que todos aquellos que dependen de vos, cumplan exactamente con su deber, y entonces habreis cumplido plenamente el vuestro; porque es demasiado cierto, que muchos son los que lamentan los desórdenes de la sociedad, pero no son muchos los que se aplican á remediar el desorden de su propia casa.»

Con esto se ve cómo cada uno debe hacer lo posible para que vuelvan los extraviados al buen camino, ó cooperar para que se anticipe el día de la divina misericordia. Es verdad que los tiempos que corren son difíciles, como es tambien verdad que los enemigos de la Iglesia son muchos y fuertes, por la posicion que ocupan, y por los medios de que pueden disponer; pero es verdad asimismo que la union y la concordia entre los muchísimos buenos sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaria finalmente á retroceder.

Yo me acuerdo de haber hablado hace pocos años con un distinguido personaje español, que me describia cómo se hacen en algunos de vuestros pueblos las corridas de toros. Me decia cómo este robusto, fuerte y fiero animal, que nada teme, sin embargo en ciertas ocasiones se arredra y huye despavorido; y es cuando los lidiadores, formando un haz compacto y unidos hombro con hombro y hierro en mano, se le aproximan á paso lento. ¡Oh, queridos hijos! estemos tambien nosotros acordes y unidos bajo el estandarte de Jesucristo. Veo por aquí algunas banderas; pero la nuestra principal debe ser la Cruz. Con la Cruz en la mano y en el corazon, podremos vencer á

nuestros enemigos, y estrechamente enlazados haremos retroceder los toros de la revolucion, aunque sean *Tauri pingues*; la veremos abatida con el ayuda del brazo omnipotente del Señor.

¡O Dios mio! Vos veis el corazon de este pueblo escogido. Yo os suplico que levanteis vuestra diestra omnipotente, y sostengais mi débil mano para poderle dar una eficaz bendicion, que le haga animoso contra todos sus enemigos, firme en la fe, y unido entre sí para combatir victoriosamente vuestras batallas. Bendecid á sus pastores, á fin de que con aquella doctrina, piedad y celo que les honra, sean siempre sus guias fieles y valerosos. Bendecid sus familias, en las almas y en los cuerpos, preservándolos de todo mal. Bendecid toda la España, y haced que esta tierra pueda una vez mas mostrarse fértil en las mas preclaras virtudes.

Jesus mio, en vuestro nombre les bendigo ahora y en el momento de la muerte, para que, acompañados siempre de vuestra bendicion, puedan un dia bendeciros en el cielo por toda la eternidad.

Benedictio, etc.

